

Imposibilidad y experiencia poética

Gabriela Milone

Como si el vacío fuese menos una falta que una saturación,
un vacío saturado de vacío.

Maurice Blanchot

Nos preguntamos aquí por la experiencia de la poesía, por la poesía *como experiencia*, por la experiencia *como poesía*: ¿qué dice la poesía de la experiencia, y viceversa, qué puede decir la experiencia de la poesía? ¿Decir o tan sólo mostrar? ¿Mostrar lo que de todos modos se manifiesta como imposible de ser demostrado? ¿Balbuceo de lo indecible ante lo indesmostrable? ¿Mercedes paradójicas de estado místicos arrebatados o tensión extrema de un pensamiento que se vacía de sí mismo para asumirse como *afuera*?

¿Habría que preguntarse entonces por la experiencia y su relación con el lenguaje? ¿El lenguaje y la poesía? ¿La poesía y la experiencia *como* lenguaje? ¿Puede el lenguaje vincularse como posible para la experiencia? ¿O de la experiencia bastaría decir que, aunque indefectiblemente se vincule al lenguaje, no puede más que sustraerse a él? ¿Experiencia y lenguaje se enfrentan como irreductibles? ¿Y la poesía? O mejor ¿y la pregunta por la experiencia poética, experiencia que, en primera instancia y en tanto “poética”, es una experiencia también de lenguaje? ¿Será que debería hablarse aquí de contradicción, o más aún, de *imposibilidad*?

¿Quién o qué pregunta cuando adviene la pregunta? ¿La experiencia de *qué* o de *quién* acontece en la pregunta que se pregunta *qué* o *para qué*? ¿Es esta una pregunta posible, la de la experiencia *de* o *con* algo / alguien? ¿Es posible postular un *qué* o un *quién* para la experiencia? ¿Qué experimenta el poeta de cuya experiencia puede decirse que es una experiencia decisiva, *poética*? ¿Qué haría entonces “poética” a la experiencia? O incluso, si la experiencia fuese algo que se hace sin que se la pueda tener,

como la piensa Agamben, entonces ¿qué acontece en una experiencia que toma la especificidad de ser “poética”? ¿Es el lenguaje o *algo otro* con lo que hace experiencia el poeta? ¿*Algo* como presencia o como ausencia? ¿*Algo* como simple y terrible fascinación ante lo que se sustrae al lenguaje, aunque pida ser hablado? ¿*Algo* que es imposible como palabra, pero que paradójicamente acontece como palabra en la suspensión de todo, incluso del poeta mismo? ¿Habría que vincular por lo tanto la experiencia a *nada*, cuando por “nada” se entienda algo así como lo inexperimentable, la sustracción misma de lo que no puede ser alcanzado por la experiencia ni dicho por el lenguaje? ¿Una ausencia? ¿Un desamparo? ¿Un desastre?

Experiencia, lenguaje, poesía, ausencia, imposibilidad, nada: así es como va marcándose una senda en las preguntas, preguntas cuya pasión es continuamente el desvío, incluso hasta el desvío mismo como pregunta. La pregunta es la *piedad*, la *devoción* del pensamiento, creía Heidegger; pero Blanchot prefiere decir que es el *deseo* del pensamiento, el lugar inconcluso donde la palabra queda suspendida, donde se desprende del tiempo y aparece el suspender mismo. La pregunta es una espera incesante, una espera no de una respuesta (que clausuraría el movimiento mismo de la pregunta, se entiende), sino una espera inagotable en la pregunta que se fuga continuamente, que se desvía en el incesante interrogar (*qué*).

“¿De dónde viene ese afán de preguntar?”, se pregunta a su vez Blanchot. “Preguntar es buscar radicalmente, ir al fondo, sondear”, se responde el autor, sin anular la pregunta; porque el *qué* de toda pregunta no podría ser respondido (esto es: cancelado) por una respuesta, no al menos sin perder “la abertura, la riqueza de la posibilidad. La respuesta es la desgracia de la pregunta”¹.

Este preguntar inconclusamente que no busca la clausura de la pregunta en la respuesta sino que va hacia el fondo en su desvío ¿no nos diría al menos dos cosas, esto es: que el preguntar mismo sería una experiencia (y que como tal, se enfrenta al lenguaje en su (im)posibilidad de ir hasta el fondo de su *qué*) y que precisamente como experiencia imposible se daría ante todo como irresponsible, vale decir, que en su inconclusión no es más que repetición, desvío, fuga, suspensión?

¹ Blanchot, M., *El diálogo inconcluso*, Monte Ávila, Venezuela, 1970, pp. 39-41.

Dice Blanchot: “no cambies de pensamiento, repítelo si puedes”², en una repetición que es un no poder, no poder como un preguntar incansablemente, suspendidamente, pregunta que rechaza todo poder como respuesta, todo poder como clausura de su deseo, todo poder como asedio del murmurio incesante de la pregunta que no avanza más que para retroceder ante su *qué*. La repetición de la pregunta blanchotiana no sería religiosa ni nostálgica, por cierto, sino imposible y por tanto, poética. “El poema es la ausencia de respuesta”, afirma Blanchot, ya que es el poeta quien “por su sacrificio, mantiene en su obra la pregunta abierta”.³

Entonces ¿qué sucede cuando ese *qué* de la pregunta es también el de la experiencia poética, cuando la experiencia poética es pregunta por su *qué* como experiencia, por su *qué* como poética, por su *qué* como hacer? El “hacer” como *qué*, y más aún, como experiencia, nos conduciría a la pregunta poética más alta, más decisiva, más dolorosa: ¿para *qué*?, ¿para *qué* poetas? Es la pregunta de Hölderlin, la misma que repite Lacoue-Labarthe cuando se interroga por “la poesía como experiencia”, replanteando la cuestión para un poeta como Celan. ¿Para qué la experiencia poética cuando se ha hecho la experiencia del dolor más impensable? ¿Qué hacen los poetas ante el desamparo de la experiencia de su tiempo? ¿Para qué “repiten” la experiencia del dolor como experiencia poética? ¿Es posible *esto*, vale decir, la repetición de lo imposible como experiencia? Lo sería, en tanto la experiencia es irrenunciable. No lo sería, en tanto la experiencia es singular y, por lo tanto, irrepetible.

En ese tiempo donde se abre la pregunta por el *qué*, el tiempo del desamparo, de la ausencia, del desastre, la experiencia del poeta es la de convertirse “en el que no puede sustraerse a nada”⁴, esto es, el que se entrega sin resguardo a su propia experiencia desolada de la pregunta. “En el desamparo del para *qué*”, tal como lo nombra Blanchot⁵, la experiencia poética toma su fuerza de la perpetuación de la pregunta, en el desvío que hace de su camino un error desmesurado en lo imposible. Lo que fas-

² Blanchot, M., *La escritura del desastre*, Monte Ávila, Caracas, 1990, p. 12.

³ Blanchot, M., *El espacio literario*, Paidós, Bs. As., 1978, p. 236.

⁴ *Ibid.*, p. 169.

⁵ *Ibid.*, p. 235.

cina es eso que reaparece “bajo la forma de la nada”⁶, *eso* que se experimenta en la intimidad como ausencia y apertura, *eso* que es nada cuando de la nada no pueda decirse que *sea*, *eso* que hace del poeta “el corazón vacío de la repetición eterna”⁷.

Hace eco en el vacío la voz del poeta, reverbera el *qué* de su pregunta en el desamparado espacio de su experiencia, es “infinita la erosión de la repetición”⁸ en la pregunta que no puede más que pensarse como imposible, como no-poder, como no-poder-hacer, como pasividad. Algo de esto dice la palabra “experiencia” en su etimología. En algunas definiciones de la noción, puede observarse que, por ejemplo, tanto en Bruno Forte como en Roger Munier y en Martin Jay, es posible marcar algunas constantes: el prefijo latino “ex” como indicador de una “salida de sí”; del latín también, el verbo “perior” y el radical “periri” que se relacionan directamente con “periculum”, lo cual dice algo sobre el riesgo, el peligro que supondría esa “salida”; y la raíz indoeuropea PER que se relaciona con un “pasar a través” y con la prueba arriesgada a la que se sometería en ese paso. De este modo, Munier concluye afirmando que “la experiencia es una puesta en peligro”⁹;

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ Blanchot, M., *El paso (no) más allá*, Paidós, Barcelona, 1994, p. 106.

⁹ La definición completa que da Roger Munier, citada por Lacoue-Labarthe, es la siguiente: “En primer lugar está la etimología. *Experiencia* deriva del latín *experiri*, poner a prueba, intentar. El radical es *periri* que encontramos también en *periculum*, riesgo, peligro. La raíz indoeuropea es PER, con la que se relaciona la idea de *paso a través* y, secundariamente, la de *prueba*. En griego, los derivados que señalan la travesía, el paso a través, son numerosos: *peiró*, atravesar: *pera*, más allá; *peraó*, pasar a través; *perainó*, llegar hasta el fin; *peras*, término, límite. Dentro de las lenguas germanas, encontramos en antiguo alto-alemán, *faran* de donde deriva *farhen*, transportar, y *führen*, conducir. ¿Habrá que añadir también, *Erfahrung*, experiencia, o hay que relacionar mejor este término con la segunda acepción de PER, prueba, en antiguo alto-alemán *fara*, peligro, que ha dado *Gefahr*, peligro y *gefährden*, poner en peligro? Entre uno y otro sentido, los límites resultan imprecisos, de la misma manera que, en latín, entre *periri*, intentar, y *periculum*, que en primera instancia significa prueba, además de riesgo y peligro. La idea de experiencia como paso a través se aparta mal, a nivel etimológico y semántico, de la de riesgo. La *experiencia* es en principio, y sin duda esencialmente, una puesta en peligro”. (“Respuesta a una encuesta sobre la experiencia”, *Mise en page*, nro. 1, mayo de 1972) en Lacoue-Labarthe, P., *La poesía como experiencia*. Arena Libros, Madrid, 2006, p. 28.

Forte que es “un enfrentarse arriesgadamente con lo desconocido”¹⁰; Jay que la experiencia “proviene de haber sobrevivido a los riesgos y de haber aprendido algo del encuentro con dichos peligros”¹¹.

En esta línea quizá también pueda pensarse *La experiencia interior* de Bataille, donde la experiencia es un ir hasta el fondo de lo posible, esto es, como una salida de sí hasta el límite de sí mismo, hacia lo imposible; cuestión que a su vez se conecta con la noción de experiencia que esboza Blanchot en *El diálogo inconcluso* cuando afirma que es la *imposibilidad* la característica misma de lo que llamamos experiencia. En este sentido, con la idea de *imposibilidad* lo que se cuestiona es la postulación de todo contenido, cosa, relación, contacto, presencia, para la experiencia. La experiencia es imposible en tanto al salir de sí se encuentra indefectiblemente con *algo*, pero ese *algo* es indefinible, indemostrable, imponderable, imposible. Es quizá por esto que tanto Bataille como Blanchot se diferencian de la experiencia heideggeriana del habla, no tanto cuando Heidegger define la experiencia como un “sufrir, padecer, tomar lo que nos alcanza receptivamente”¹² en el andar de un camino, sino más bien cuando piensa la experiencia receptiva como obtención o alcance *de algo*, como un hacer vinculado *a algo*: “hacer la experiencia con algo —sea una cosa, un ser humano, un dios”.¹³ Heidegger afirma que el poeta hace experiencia *con* la cosa y *con* la relación con la palabra, que llega, que alcanza a ese algo que experimenta en el camino. Pero en Bataille y en Blan-

¹⁰ La definición completa que da Bruno Forte, citada por Oscar del Barco, es la siguiente: “La etimología contribuye a aclarar el concepto de «experiencia»: compuesta de «ex» y «perior», la palabra latina *experientia* evoca, por una parte, un éxodo, un «salir de» e «ir hacia», y, por otra —gracias al uso del verbo «perior», presente tan sólo en términos compuestos— denota los dos campos de significados ligados a esta palabra ... «periculum» dice el riesgo, la prueba, el elemento imponderable vinculado a todo contacto directo ... un enfrentarse arriesgadamente con lo desconocido, caracterizado por la inmediatez de la visión y del saber”. (“La experiencia de Dios en Jesucristo”, Concilium, N° 258, 1995) en Del Barco., O., *Exceso y donación. La búsqueda del dios sin dios*, Biblioteca Internacional Martín Heidegger, Bs. As., 2003, p. 23.

¹¹ Jay, M., *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*, Paidós, Bs. As., 2009, p. 26.

¹² Heidegger, M., *De camino al habla*, Odós, Barcelona, 1990, p. 143.

¹³ *Ibid.*

chot la experiencia suspende todo contenido, ya que lo imposible que se experimenta no puede ser contenido *en / de* una experiencia. La experiencia es la imposibilidad de la experiencia, y lo imposible es la experiencia del no-poder, cuando el (de) y el (con) quedan suspendidos entre paréntesis, dejando en entredicho toda relación de poder dada en el lenguaje, evidenciando así la dimensión en la que se hace la experiencia de la pura pasividad. Porque si bien Heidegger afirma que la experiencia es un padecer, lo es en función del acontecimiento de esa relación con la palabra que el poeta obtiene como contenido de su experiencia. En cambio, en la experiencia batailleana y blanchotiana, el padecer es pura pasividad, es advenimiento de algo cuya otredad resta como desconocida. No hay término para la relación con esa otredad: es una relación-sin-relación para Blanchot, es una experiencia *de nada* para Bataille.

De frente a esta experiencia, Blanchot propone un pensamiento, ése que Foucault denominó como *El pensamiento del afuera*, un pensamiento-sin-pensamiento, esto es, vaciado de contenidos, suspendido en el nombrar, aconteciendo en un habla que no revela nada, o más bien, que muestra la nada de la que está hecha: habla-de-habla, saturada de suspensiones, repeticiones, negaciones que nada niegan, afirmaciones que nunca afirman. Entonces, cabe preguntarse: ¿qué tipo de lenguaje corresponde —si es que cabe esta expresión— a este pensamiento-sin-pensamiento? Acaso; el lenguaje de lo neutro, un habla-sin-habla que se escribe desde la interrupción de la subjetividad-objetividad, afuera de las dicotomías y en la más absoluta de las suspensiones, en un movimiento inmóvil donde no se afirma ni se niega sino donde tan sólo habla la escritura de un susurro neutro de significaciones. Esta habla neutra es aquella de la cual ni siquiera puede decirse que *es*, en tanto descalabra tanto al pensamiento como a la lengua en su acontecer, imposible escritura de las experiencias radicales del hombre llevado a su límite de in-humanidad, al sonido de algo menos que una palabra y más que un significado: un grito de dolor, una interjección ante la muerte, una vibración de silencio ante lo sagrado. Lo que el pensamiento y del lenguaje de lo neutro rechazan es la predicación, y se evidencia de este modo el límite del lenguaje frente a la *imposibilidad como experiencia*, abriendo camino hacia el acontecer de un “habla frag-

mentaria”, un habla-sin-habla, desquiciada en la ausencia de predicación, que “ignora contradicciones porque es un habla de afirmación que no afirma nada sino el más y el exceso de una afirmación ajena a la posibilidad”¹⁴.

Lo neutro es un *otro desconocido*, un imposible de lenguaje para un improbable de pensamiento. Sin embargo, frente a la imposibilidad del lenguaje para la experiencia, aquí no hay voto de silencio ni renuncia mística. No es la ausencia de lenguaje el escándalo de lo neutro, ni es la experiencia mística un caso ejemplar o modélico del habla neutra; sino que se trata de la *experiencia radical de la imposibilidad* donde se muestra un desgarramiento, el límite al que es llevado el pensamiento por el deseo de la pregunta en una lengua sin predicación, que espera, incesantemente.

Es en este sentido de la imposibilidad de la experiencia que Lacoue-Labarthe piensa la cuestión de *la poesía como experiencia*, reformulando en primera instancia la pregunta por el “*qué* como acto de la poesía”¹⁵, del *para qué* de Hölderlin en un poeta como Celan: “¿Para qué hablar?”, “¿para hablar de qué?” serían las preguntas de esta experiencia poética, que en su singularidad, se repiten como experiencia, vale decir, como riesgo y peligro al salir afuera del lenguaje.

Así, afirma Lacoue-Labarthe, “toda experiencia es experiencia de nada”¹⁶ en tanto no hay una vivencia como contenido de la experiencia, sino que la experiencia es puro vértigo, “suspenseo del advenir”¹⁷. Y confirma aún el autor: “no existe «experiencia poética» en el sentido de una «vivencia» o de un «estado» poético. Si algo semejante existiera (...) en ningún caso podría dar lugar a un poema (...) Un poema nada tiene que contar. Nada que decir”¹⁸. Y en este mismo sentido, podríamos convocar aquí las palabras de Del Barco sobre Celan, fundamentalmente cuando afirma que “el poema no habla —de la experiencia, no se refiere— a la experiencia como algo extraño, sino que es la experiencia tras-substanciada”¹⁹.

¹⁴ Blanchot, M., *El diálogo inconcluso*, op. cit., p. 257.

¹⁵ Lacoue-Labarthe, P., op. cit., p. 17.

¹⁶ *Ibid.*, p. 29.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Del Barco, O., *La intemperie sin fin*, Alción Editora, Córdoba, 2008, p. 189.

De este modo, no es que el poema no quiera decir nada, porque de hecho dice aunque no diga cosa alguna (ya que *nada* es lo que queda de la experiencia). Sino que es un “querer-no-decir-nada” frente a ese vértigo irrecible al que se expone como experiencia. La poesía como experiencia marca el límite de la insignificancia pura, tal “como podría decirse de un regalo sin importancia: no es nada. No es nunca nada, es *nada*”²⁰.

Nada es lo que se quiere no decir, y así el poema es tanto posible como imposible, habla de la imposibilidad de hablar que como palabra es reserva de nada y como lenguaje es un balbuceo, un tartamudeo ante el vértigo de la experiencia. Lacoue-Labarthe se pregunta en este punto por el “residuo, el resto cantable” de Celan, por lo que haría posible que en la poesía no todo zozobre en su propia imposibilidad, que quede —aunque como balbuceo— la voz repitiendo su propia nada. Y Blanchot sabe que para todo poeta, la experiencia imposible de la nada se articula indefectiblemente “sobre la pérdida”²¹. La imposibilidad de hablar tiene que ver con el vacío que se abre ante la pérdida, ante la experiencia como nada que se articula sobre una pérdida: la de la palabra, la del lenguaje que nombra. No hay nombres para la nada vacía, y sin embargo la experiencia habla, habla de y desde su nada, habla por y hacia su nada, experiencia-de-la-experiencia, nada-de-la-nada, lenguaje del afuera, vuelto hacia el infinito de su revés, de su canto hecho grito y de lo posible de cantar como imposible resto, residuo inclasificable.

¿Qué es esa “nada” de la experiencia (la más terrible e impensable incluso para el poeta) que queda como resto posible de cantar, cuando cantar/hablar es imposible en tanto se asuma esa imposibilidad como experiencia de nada? ¿Qué es eso que se repite incansablemente como pregunta y que reaparece en cada experiencia de lo poético, donde la única experiencia posible-imposible es la de la zozobra de todo lenguaje: lo cantable como resto de una experiencia imposible? ¿Un murmullo inarticulado que no celebra sino que zozobra en el tiempo del desamparo, del desastre? La imposibilidad del habla y lo impensable de la experiencia como

²⁰ Lacoue-Labarthe, P., *op. cit.*, p. 31.

²¹ Blanchot, M., *La bestia de Lacaux. El último en hablar*, Tecnos, Madrid, 2001, p. 81.

nada ¿qué dicen del *qué* del acto poético? ¿Hablan de la exigencia de escribir como imposibilidad ante el desastre?

Las preguntas quedarán reverberando en el eco de un vacío sin respuestas, porque la imposibilidad del habla y lo impensable de la experiencia como nada ¿qué dicen del *qué* como acto poético? ¿Acaso hablan, como afirma Lacoue-Labarthe, del “acto poético como acto de pensamiento”²²? ¿Acaso como pregunta que tensiona al lenguaje hasta su extremo, saturándolo de vacío? ¿Es la nada de la experiencia una pérdida repetida incasablemente que el pensamiento asume en su “vecindad” con la poesía? ¿Volver así a Heidegger, aunque sin Heidegger, pensando más en lo impensable que en lo impensado, *experiencia del pensar* que antes de preguntarse por el pensar se asuma como *nada*, como experiencia *de* nada, poéticamente imposible o imposiblemente poética, neutro inclasificable, des-quicio incommensurable de la lengua hecha *nada* de experiencia?

Y al fin ¿dejar estas preguntas sin respuestas, en la pasión infinita que las repite, para que, siempre y en su continuo preguntarse *para qué*, sea el poeta el último en hablar?

²² Lacoue-Labarthe, P., *op. cit.*, p. 74.